

S O P A D E L I B R O S

Marinella Terzi

# El hijo del pintor

Ilustraciones  
de Beatriz Martín Vidal



ANAYA



© Del texto: Marinella Terzi, 2015  
www.marinellaterzi.com  
© De la ilustración: Beatriz Martín Vidal, 2015  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2015

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-678-7142-5  
Depósito legal: M-4991-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Terzi, Marinella

El hijo del pintor / Marinella Terzi ; ilustraciones de Beatriz Martín Vidal . — Madrid : Anaya, 2015

80 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 176)

ISBN 978-84-678-7142-5

1. Michael Ende. 2. Imaginación. 3. Libertad. I. Martín Vidal, Beatriz, il.

087.5: 821.134.282-3

---



# El hijo del pintor

*(Novela inspirada libremente en  
algunos hechos de la vida y la obra  
del escritor Michael Ende)*

SOPA DE LIBROS

Marinella Terzi

# El hijo del pintor

ANAYA

Ilustraciones  
de Beatriz Martín Vidal



«El hijo se había soñado alas bajo la experta  
dirección de su padre y maestro».

*El espejo en el espejo*, MICHAEL ENDE



Prólogo  
EL PADRE DEL  
ESCRITOR (1928)

Llovía a cántaros y Edgar no sabía dónde refugiarse. Hacía frío y él no iba adecuadamente vestido. Tampoco llevaba paraguas. La camisa blanca se le había pegado al cuerpo y tenía la espalda empapada. Si no hacía algo pronto, iba a pillar un buen catarro. Unos metros más allá divisó la puerta de una mercería. En el escaparate, botones, puntillas, hilos y cintas de todos los colores. Sin pensarlo, entró. Unas campanillas tintineantes anunciaron su presencia y, al momento, apareció una mujer menuda tras el mostrador de madera.

El hombre no tenía ganas de hablar, así que comenzó a deambular por la tienda, pero era pequeña y no había mucho que observar. Lo que más atrajo su atención fue una pecera de cristal llena de piedras de tonalidades distintas. Se acercó a mirarlas: eran bonitas.

—¿Desea algo el caballero? —dijo por fin la mujer. Luego él supo que se llamaba Lise.

Ella, Lise, estaba esperando con ansia que se hiciera la hora de cerrar para tomarse un té bien ca-

liente en la trastienda. La humedad se le había metido en el cuerpo.

—No, no... Tan solo refugiarme de la lluvia —respondió Edgar con sinceridad.

Lise lo miró con más atención. Vaya... Era alto, guapo, y estaba muy mojado: seguro que tenía mucho más frío que ella, ¡pobre!

—¿No quiere nada? —volvió a preguntar.

—Un refugio, no pido más —repitió él mientras sacaba las dos gemas azules con estrías blancas que reposaban sobre las demás piedras.

Eran las preferidas de Lise, por eso eran las únicas que no estaban en venta.

—Son ágatas, mis piedras de la suerte —dijo para que el hombre comprendiera. Y él pareció hacerlo porque inmediatamente dejó las piedras de nuevo en su sitio.

Era tarde, con ese tiempo, nadie se acercaría ya por la calle que conducía a la estación en la ciudad alemana de Garmisch.

De pronto, sin pensarlo mucho, Lise añadió:

—Si le apetece, le puedo invitar a un té...

A Edgar se le iluminó la mirada.

—Encantado —respondió.

Lise salió de detrás del mostrador, se acercó a la puerta, dio la vuelta al letrero de «cerrado» que colgaba del cristal y preguntó:

—¿Con leche o solo?

Se pasaron todo el resto de la tarde hablando de sus vidas y de pintura. Hablaron mucho de pintura. Lise y Edgar eran dos grandes conversadores y am-

bos amaban el arte. De hecho, él deseaba ganarse la vida con los cuadros que pintaba. Unas pinturas nada fáciles, inquietantes. Los entendidos decían que eran surrealistas.

Se casaron a principios del año siguiente, y nueve meses más tarde nació Micha, el único hijo que tuvieron.





(MÚNICH, 1931-1940)

1  
MONSTRUOS

Micha no era un niño cualquiera.

Era el hijo de un pintor. De un pintor, además, que no dibujaba cosas reales, no. Dibujaba sueños, y, a veces, pesadillas. Y eso marca.

—¿Qué pintas, padre? —le preguntó un día Micha a Edgar con sus balbuceantes palabras.

Se había atrevido al comprobar que la puerta del taller estaba abierta. Si hubiera estado cerrada, jamás habría osado traspasarla.

—Ven, Micha, acércate —le dijo él saliendo de detrás del caballete.

El pequeño se aproximó a aquel hombre robusto que podía ser muy tierno y, también, muy distante cuando estaba concentrado en su obra.

En el caballete había un cuadro a medio terminar. Era de colores oscuros y en él destacaban unos extraños seres alados. A Micha le dieron miedo: no eran personas normales, no. Eran monstruos.

Sin poder evitarlo, dio un paso atrás. No iba a huir, pero lo deseaba. Deseaba volver a su cuarto,

a sus juguetes, a la protección de su madre. Sin embargo, no podía defraudar al pintor. Lo que más ansiaba en este mundo es que se sintiera orgulloso de él.

Edgar se dio cuenta.

—No los temas, Micha; que no perciban nunca que les tienes miedo —dijo mirando a su hijo con una sonrisa.

—¿Quiénes son, padre? ¿Son monstruos?

Edgar se le quedó observando y sonrió. Su hijo... tan callado, tan serio como él. Tan reflexivo.

Micha interpretó su silencio como un sí. ¡Lo sabía! ¡Sabía que eran monstruos! ¿Cómo no tenerles miedo?

Pero su padre habló por fin. Fijó sus ojos en el niño y dijo:

—Son monstruos, sí, puedes llamarlos así. Pero no son unos desconocidos. Van siempre conmigo, están dentro de mí, me pertenecen. No puedo temerlos si forman parte de mí. Tú también tienes tus propios monstruos. Todos los tenemos... Pero no te harán nada si tú no quieres. Hazme caso: sírvete de ellos, aprovéchalos para tus propios fines, como llevo haciendo yo desde hace años. Hazte su amigo. Tómatelos a broma. Solo así podrás dominarlos.

